

## ¡Rechazado en Jerusalén! (22.30—23.15)

**C**uando Jesús pronunciaba el último discurso en público en el templo, casi al acabar, hizo una pausa y miró alrededor de Jerusalén y a sus habitantes. Luego con el corazón apesadumbrado, le dijo adiós a la ciudad que lo había rechazado, con las siguientes palabras:

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor<sup>1</sup> (Mateo 23.37–39).<sup>2</sup>

Cerca del año 1000 a.C., Jerusalén (Jebus) había sido tomada por el rey David y la había convertido en su capital. Éste había trasladado el arca a la ciudad, y su hijo Salomón había construido el templo allí. Jerusalén había llegado a ser conocida para los israelitas como “la ciudad de Dios”. Después de la destrucción llevada a cabo por los babilonios en el año 586 a.C., los judíos en la cautividad habían llorado por la ciudad. La reconstruyeron tan pronto como pudieron. Jerusalén había sido, por mil años, el centro de la vida religiosa, social y política del pueblo judío. Debido a su constante rebelión contra Dios, Jesús anunció que los días de la ciudad estaban contados. Esta

lección es sobre las últimas oportunidades que tuvo Jerusalén de seguir siendo parte de los planes y propósitos de Dios.

Lucas le dedicó tanto espacio a los últimos días de Pablo en Jerusalén como el que le dedicó a cualquiera de los viajes misioneros, a pesar del hecho de que “no se establecieron nuevas iglesias” y que “no se resolvieron problemas teológicos ni eclesiásticos”.<sup>3</sup> Muchos comentaristas piensan que Lucas tuvo una razón para esto. Algunos están convencidos de que “la importancia de estos capítulos se encuentra en la ilustración que hacen del rechazo del evangelio por parte de Jerusalén”.<sup>4</sup>

Lucas dedica considerable espacio al registro de la última visita de Pablo a Jerusalén, no porque esta visita fuera importante, sino, porque muestra el rechazo final del evangelio por parte de Jerusalén.<sup>5</sup>

Uno de los propósitos... fue mostrar a la gente... que Dios ya había roto con el judaísmo, y que la nación judía, como nación, ya había roto con Dios... con sólo las cosas que vemos aquí, se justificaría a Dios por la terrible destrucción profetizada por el Señor en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21. Los judíos estaban colmando la medida de sus padres, y demostrando que eran hijos de los que habían matado a los profetas (Mateo 23.31–32).<sup>6</sup>

La gente de la nación ya había estado involucrada en tres asesinatos: el de Juan el

<sup>1</sup> Esta última declaración es, probablemente, una referencia a la segunda venida de Jesús. <sup>2</sup> Las mismas palabras, básicamente, se encuentran en Lucas 13.34–35. Las palabras de Mateo 23 pudieron haber sido dichas en una ocasión diferente. <sup>3</sup> George E. Ladd, *The Young Church: Acts of the Apostles* (Nashville, Tenn.: Abingdon Press, 1964), 78. <sup>4</sup> *Ibid.*, 79. <sup>5</sup> George E. Ladd, *Acts, The Wycliffe Bible Commentary* (Nashville, Tenn.: The Southwestern Co., 1962), 1164. <sup>6</sup> Bobby Duncan, “Paul in the Temple and in Prison at Jerusalem”, *Studies in Acts* (Denton, Tex.: Valid Publications, 1985), 199–200.

Bautista, el de Cristo y el de Esteban. Se habrían involucrado en el cuarto de no ser por la intervención de la guardia romana... ahora Israel era apartada;... su período de prueba había terminado.<sup>7</sup>

La Biblia enseña, que Jehová es un Dios paciente, pero que su paciencia tiene un límite. Él tolerará la desobediencia sólo hasta cierto punto. Luego dice: “¡Basta! ¡No irás más lejos!”. En esta lección, veremos algunos de los últimos eventos que hizo que Dios dijera “¡Basta!” a la ciudad de Jerusalén.

### UN CONCILIO DIVIDIDO (22.30—23.10)

El tribuno de las fuerzas de ocupación romana en la ciudad de Jerusalén estaba atado de manos: tenía a un ciudadano romano bajo su custodia; era contra la ley de Roma retener a un ciudadano romano sin informarle de los cargos que pesaban en su contra, pero no tenía idea de qué es lo que el hombre había hecho mal. Ya había hecho tres intentos para descubrir la verdad: cuando rescataba al hombre de manos de la turba, le había preguntado a los manifestantes del disturbio qué era el problema, pero ninguno pareció saberlo. Le había permitido al cautivo hablar a la multitud, pero no mejoró su conocimiento después de que el hombre terminó. Cuando comenzaba a sacarle con azotes la verdad, al prisionero, el hombre sorprendió a los oficiales al informarles que era un ciudadano

romano.

El oficial debió haber pasado una noche sin dormir tratando de determinar algún curso de acción. Al llegar la mañana, creyó que había dado con la solución. Dado que la fuente del conflicto era de naturaleza religiosa y no política, pondría el asunto en manos de los expertos en teología de la ciudad. “Al día siguiente, queriendo saber de cierto la causa por la cual le acusaban los judíos, le soltó de las cadenas,<sup>8</sup> y mandó venir a los principales sacerdotes<sup>9</sup> y a todo el concilio<sup>10</sup> [para reunirse],<sup>11</sup> y sacando<sup>12</sup> a Pablo, le presentó a ellos”<sup>13</sup> (22.30).

El cuerpo de Pablo, sin duda, se estremecía del dolor por los golpes recibidos el día anterior en los atrios del templo, pero se mantenía erguido ante la suprema corte del pueblo judío. Estaba de pie donde Pedro, Juan y los demás apóstoles lo habían estado; donde Esteban había estado; donde su Señor había estado. Algunos años atrás, Pablo se había sentado con el concilio;<sup>14</sup> ahora estaba frente a ellos y se dio cuenta de lo que significaba el mirar los fríos rostros endurecidos. Algunos de estos rostros le eran conocidos;<sup>15</sup> muchos no.

Por fin, a Pablo se le dio permiso de hablar.<sup>16</sup> Cuando habló a la turba, había logrado su atención con solo un gesto de sus manos (21.40); ahora miraba fijamente al concilio (23.1a) hasta que la asamblea se aquietó y cada ojo se fijó en él.<sup>17</sup> Con denuesto, comenzó: Varones hermanos,<sup>18</sup> yo con toda buena conciencia he vivido<sup>19</sup> delante de Dios

<sup>7</sup> Warren W. Wiersbe, *Wiersbe's Expository Outlines on the New Testament* (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1992), 341. <sup>8</sup> Dado que Pablo siguió en la cárcel, esto no quiere decir que el tribuno lo liberó de la custodia. Es probable que sólo signifique, que hizo que lo trayeran desde su celda. <sup>9</sup> Véase las notas sobre “los principales” en la página 18 de la edición “Hechos, 2”. <sup>10</sup> Véase “Sanedrín” en el Glosario en la edición “Hechos, 2”. <sup>11</sup> El sanedrín o concilio se reunía bajo los auspicios de Roma. Por lo tanto, el tribuno romano tenía el derecho de ordenarles que se reunieran. <sup>12</sup> La fortaleza Antonia se elevaba por encima del complejo del templo y era accesible por una vía de escaleras que arrancaba del atrio de los gentiles (nótese 21.31, 35, 40). Pablo fue llevado abajo por las escaleras. <sup>13</sup> No tenemos certeza acerca de si esta fue una reunión oficial, o no oficial, del concilio, si se reunieron donde normalmente lo hacían o si lo hicieron en otro lugar. Nótese que el tribuno se quedó en la reunión (23.10). El tribuno era el responsable de la seguridad de Pablo y de ver que no escapara (12.18–19; 16.27). Como el tribuno estaba presente, por lo menos sabemos que el concilio no se reunió en el recinto sagrado del templo. <sup>14</sup> Sea que Pablo hubiese sido miembro del concilio o no, aparentemente había estado presente cuando Esteban estaba siendo juzgado. Véase la edición “Hechos, 3” en la página 18 sobre este tema, y la nota al pie de página No 17 de la primera lección de la edición “Hechos, 4”. <sup>15</sup> Algunos, que habían estado en el concilio cerca de veinte años atrás, estarían todavía viviendo. También, algunos de los judíos jóvenes, que habían sido sus asociados, habrían sido seleccionados para ser parte del concilio para este tiempo. <sup>16</sup> Durante un juicio formal ante el concilio, uno de los primeros puntos de la agenda era la lectura de los cargos en contra del acusado. Esto no se hizo cuando Jesús fue juzgado, ni cuando los apóstoles lo fueron, porque el concilio no tenía cargos que hacer. Esperaban que las palabras de los acusados les proveyeran de un cargo formal. Éste fue, probablemente, el caso del juicio de Pablo; se le permitió hablar primero con la esperanza de que se condenara a sí mismo. Aparentemente, el cargo de que había profanado el templo (21.28) no fue presentado, con lo cual se indicaba que se daban cuenta, de que no tenía fundamento. <sup>17</sup> Ésta es una manera eficaz de lograr la atención de una multitud escandalosa. Se han sugerido otras razones para el mirar fijamente de Pablo, entre ellas, que escrutaba a la audiencia, en otras palabras, que verificaba si reconocía a alguien entre los presentes, para ver si alguno se mostraba compasivo, etc. Hay quienes incluso han sugerido que las palabras simplemente indican una condición de miopía. <sup>18</sup> Una vez más, Pablo comenzó por identificarse con su audiencia judía. Algunos han sugerido que Pablo comenzó insultando al concilio al no dirigirse a ellos más formalmente como “hermanos y padres” (nótese 7.2), pero es poco probable que Pablo inmediatamente buscara el desagrado de este grupo en cuyas manos estaba su vida. <sup>19</sup> La palabra del griego de la cual se traduce la expresión “he vivido” es la palabra de la cual se obtiene “política”. Se refiere a vivir como ciudadano. Pablo estaba diciendo que él había vivido como un buen ciudadano judío y que no había quebrantado la ley.

hasta el día de hoy” (23.1b).<sup>20</sup> En otras palabras, esto fue lo que Pablo dijo: “Sé en mi corazón, que no soy culpable de estas cosas de las cuales se me ha acusado. ¡Me declaro ante ustedes, inocente de todos los cargos!”.<sup>21</sup>

El sumo sacerdote que oficiaba tal reunión, reaccionó a la audacia de las palabras de Pablo, ordenando “a los que estaban junto a él, que le golpeasen en la boca” (23.2b) —tanto para castigarlo como para silenciarlo.<sup>22</sup> El nombre del sumo sacerdote era Ananías (23.2a)<sup>23</sup> —según los historiadores, uno de los más impíos y nada escrupulosos hombres en ocupar tal puesto.<sup>24</sup> Era “notorio como glotón, ladrón rapaz, y títere al servicio de los romanos”.<sup>25</sup>

El salvaje golpe no silenció al apóstol. Escribiendo sangre, fustigó: “¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Estás tú sentado para juzgarme conforme a la ley, y quebrantando la ley me mandas golpear?” (23.3). La ley era clara en el sentido de que nadie debía ser castigado sin haber sido enjuiciado y hallado culpable (Levítico 19.15; Deuteronomio 25.1–2).<sup>26</sup> Aun la ley oral decía: “El que le golpear en la mejilla a un israelita, es como si le golpeará la gloria a Dios”.<sup>27</sup>

La referencia de Pablo a una “pared blanqueada” le era familiar a la audiencia. El profeta Ezequiel había comparado a los falsos profetas con paredes ruinosas que habían sido blanqueadas con el fin de cubrirle sus defectos (Ezequiel 13.10–16). ¡Pablo acusó de hipocresía a su atormentador!<sup>28</sup> (La predicción del apóstol, de que Dios le golpearía a Ananías por su crueldad se verificó en menos de diez años, cuando el sumo sacerdote fue asesinado

en el año 66 d.C. por judíos fanáticos por causa de sus sentimientos pro-romanos.<sup>29</sup>)

La asamblea fue conmovida por las frontales palabras de Pablo. “¿Al sumo sacerdote injurias?” (23.4) preguntaron. Pablo se desconcertó. “No sabía”, dijo, “que era el sumo sacerdote; pues escrito está: no maldecirás a un príncipe de tu pueblo” (23.5). La cita es tomada de Éxodo 22.28. Una vez más, Pablo demostró que en lugar de hablar en contra de la ley (Hechos 21.28), él más bien tenía un profundo respeto por ella.

Los eruditos lidian con dos preguntas. La primera es: ¿Cómo fue posible que Pablo no supiera que le estaba hablando al sumo sacerdote? Algunos han sugerido que la condición de la vista no estaba en su mejor punto (nótese Gálatas 4.15; 6.11). Otros creen que, como esta reunión había sido convocada por el gobierno romano, Ananías no estaba sentado en el lugar usual, y que no estaba vestido con el atuendo sacerdotal. Otros están convencidos de que como Pablo sólo había estado en Jerusalén unas pocas veces durante las dos décadas anteriores, él no conocía al sumo sacerdote de vista.<sup>30</sup>

La segunda pregunta se enlaza muy de cerca con la primera: ¿Estaba Pablo verdaderamente pidiendo disculpas, o fueron sus palabras dichas con ironía? Los que creen que Pablo habló con ironía insisten en que, lo que él decía era: “No reconocí a Ananías como el sumo sacerdote, *porque realmente un verdadero sumo sacerdote ¡no se comportaría de tal manera!*” En lo personal tomamos las palabras de Pablo por lo que significan comúnmente. Un principio básico de interpretación bíblica es que las palabras deben ser aceptadas por el

<sup>20</sup> Véase también 24.16; 2 Corintios 1.12; 1 Timoteo 3.9. Pablo, por supuesto, no estaba diciendo que era sin pecado. La conciencia guía correctamente sólo en la medida que está siendo guiada rectamente —en otras palabras, en la medida que ha sido correctamente enseñada. Pablo estaba simplemente diciendo que él siempre había vivido según lo que él *pensaba* que era lo correcto. Aun cuando perseguía a los cristianos, Pablo pensaba que le estaba sirviendo a Dios (26.9). Éste es un excelente versículo para establecer, que el vivir según la conciencia, no es en sí mismo suficiente, para agradar a Dios. <sup>21</sup> Se ha sugerido que Pablo reanudó en el punto en el cual se le forzó a interrumpir cuando hablaba a la turba el día anterior. Esto es, por cierto, posible, puede ser incluso probable, que algunos de los miembros del concilio lo hubiesen oído hablar ante la turba. <sup>22</sup> Era más fácil para el sumo sacerdote golpear a Pablo que responderle —pues el sumo sacerdote no tenía ninguna acusación contra él que se pudiese probar. Jesús también había sido golpeado en la boca durante sus juicios (Juan 18.22). <sup>23</sup> No debe confundirse con el sumo sacerdote Anás que se menciona en 4.6, y por supuesto que no es ninguno de los Ananías que se mencionaron anteriormente en Hechos (5.1; 9.10). <sup>24</sup> Éste robaba los diezmos de sus propios sacerdotes para hacerse rico, e hizo que se le diera muerte a otros para poder permanecer en el poder. <sup>25</sup> William Barclay, *The Acts of the Apostles*, The Daily Study Bible Series, rev. ed. (Philadelphia, Pa.: Westminster Press, 1976), 164. <sup>26</sup> Hebreos 5.1–2 habla de cómo el sumo sacerdote debía conducirse. <sup>27</sup> Barclay, 164. <sup>28</sup> Compárese estas palabras al uso que Jesús hizo de la frase “sepulcros blanqueados” para llamar a los fariseos (Mateo 23.27). <sup>29</sup> ¿Significará esto que Pablo habló la primera parte del versículo 3 por inspiración? Si Pablo después presentó excusas por la última parte del versículo 3, es difícil ver cómo parte de las palabras eran inspiradas y parte no. Es probable que Pablo estaba simplemente expresando en voz alta la verdad general de que todos los que desobedecen a Dios van inexorablemente a ser castigados por Dios, una verdad con la cual están familiarizados todos los que conocen las Escrituras. <sup>30</sup> No conocemos la explicación. Alguno o todos estos factores pueden haber estado de por medio, y tal vez otros de los que no sabemos nada. Se ha sugerido también que Pablo estaba mirando en otra dirección cuando el sumo sacerdote habló, de manera que no se dio cuenta quién fue el que dio la orden. Por otro lado, dado que Pablo dirigió su respuesta al que dio la orden, esta explicación parece poco probable. Véase el siguiente párrafo donde se sugiere otra posibilidad —de que Pablo distinguía a Ananías pero que no lo reconocía como sacerdote.

significado más obvio, a menos que haya una razón compulsiva para tomarlas de otra manera —y no conozco razón más convincente para no tomar las palabras de Pablo por el significado natural, normal y usual.<sup>31</sup> La cita que hace Pablo de Éxodo encaja mejor como excusa que como ironía.

Creemos que, lo que Lucas estaba haciendo era, simplemente, dando a conocer la humanidad de Pablo. Es seguro, que a todos nosotros, en alguno u otro momento nos ha cogido por sorpresa la insensibilidad de otros y, en lugar de volver la otra mejilla (Mateo 5.39), hemos pagado con lo mismo que hemos recibido. Además, creemos que Pablo fue sincero al pedir disculpas cuando se dio cuenta de lo que había hecho. En esto, fue ejemplo para todos nosotros. Por supuesto, debe hacerse notar que Pablo no dijo, que no había hablado la verdad (sus palabras eran cien por ciento exactas), sino que estaba errado en difamar a uno al que se le consideraba un líder puesto por Dios. Aun cuando no podamos respetar a la persona, podemos respetar el puesto.

Dado que Pablo había estado, una vez, asociado de cerca con el concilio, tal vez creyó que lograría que fueran justos y le escucharan. El salado sabor de la sangre en sus labios, el odio en el rostro del sumo sacerdote,<sup>32</sup> y la creciente animosidad de la asamblea, le quitaron tal pensamiento de su mente. Su principal preocupación, ahora, era cómo salir del concilio con vida.

Pablo conocía bien la composición del concilio. Los saduceos constituían la mayoría, pero muchos de los fariseos estaban también presentes —una minoría que se dejaba oír. Pablo conocía también, y con la misma precisión, las diferencias doctrinales que habían entre las dos sectas. Entre las muchas

diferencias, había tres muy importantes, pues según leemos, “los saduceos [decían] que no [había] resurrección,<sup>33</sup> ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos [afirmaban] estas cosas” (23.8).<sup>34</sup> Así que, “Pablo, notando que una parte era de saduceos y otra de fariseos, alzó la voz en el concilio:<sup>35</sup> ‘Varones hermanos, yo soy fariseo,<sup>36</sup> hijo de fariseo;<sup>37</sup> acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga’”<sup>38</sup> (23.6).

Los cargos contra Pablo no eran por predicar la resurrección de Cristo (21.28), pero él sabía que la verdadera razón, por la que los líderes de los judíos odiaban a los cristianos, era porque éstos predicaban que Jesús había resucitado de entre los muertos (nótese 4.2). Cuando Pablo dijo que “acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se [le juzgaba]”, lo que hizo fue, poner la cuestión al descubierto. En todos los juicios que se le harían, insistiría en que los cargos en su contra eran inventados y que el verdadero punto de desacuerdo era la resurrección (nótese 24.21; 26.6–8, 21–23; 28.20).

¿Anticiparía Pablo qué tan explosivas serían sus palabras? No lo sabemos,<sup>39</sup> pero...

...cuando dijo esto, se produjo disensión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió... Y hubo un gran vocerío; y levantándose los escribas de la parte de los fariseos, contendían diciendo: Ningún mal hallamos en este hombre; que si un espíritu le ha hablado, o un ángel, no resistamos a Dios<sup>40</sup> (23.7–9).

Las palabras de los fariseos no indicaban tanto, que estaban a favor de Pablo, como que, estaban en contra de los saduceos —y estaban contentos de tener la oportunidad de agujonearlos. Las palabras de Pablo tuvieron el mismo efecto que el hombre que pone a dos bestias a luchar entre sí para evitar

<sup>31</sup> Con respecto a la idea de que Ananías no era un sumo sacerdote digno, y de que por lo tanto, Pablo se rehusó a aceptarlo como tal, recuérdese que hubo muchos sumos sacerdotes indignos antes que él. Cuando Dios nos dice que respetemos un puesto, la dignidad del que ocupa tal puesto es indiferente. <sup>32</sup> Este odio se observa en la forma como el sumo sacerdote continuó persiguiéndole aún hasta Cesarea (24.1; véase también 25.2–3). <sup>33</sup> Véase Lucas 20.27. <sup>34</sup> Véase “Fariseos” y “Saduceos” en el Glosario en la edición “Hechos, 2”. <sup>35</sup> El hecho de que Pablo tuvo que alzar la voz indica que la asamblea se había puesto escandalosa. Tal vez estaban a punto de atacarlo. <sup>36</sup> Hay quienes han objetado las palabras de Pablo cuando dijo: “yo soy fariseo”. Téngase en mente lo siguiente: 1) Pablo se estaba refiriendo a lo que era admirado en la posición de los fariseos; es obvio que no se estaba refiriendo a los abusos que Jesús había condenado. 2) Estaba haciendo énfasis en la forma como había sido criado (26.5). Para Pablo, el haber sido criado fariseo era algo de lo cual ya no se gloriaba (Filipenses 3.1–11), pero era una parte definitiva de su pasado. <sup>37</sup> La frase “hijo de” era una expresión hebrea que significaba “participando de la naturaleza de”. Por lo tanto, la expresión “hijo de fariseo” podría significar que los ascendientes de Pablo eran fariseos, o podría significar que él encerraba en su persona, todo lo que la palabra “fariseo” implicaba. <sup>38</sup> La expresión que dice “la esperanza y la resurrección de los muertos” es una traducción literal del texto. Esta expresión *significa* “la esperanza de [o, en] la resurrección de los muertos” (véase la NVI). <sup>39</sup> Hay quienes han sugerido que Pablo estaba, simplemente, tratando de conseguir que los fariseos se pusieran de su lado, en un esfuerzo para que le escucharan, con respecto a la resurrección de Jesús. Es probable que lo que ocurrió, es lo que Pablo esperaba pero no lo podemos saber con certeza. De todas maneras, Dios hizo uso de lo que sucedió con el propósito de conservar a Pablo a salvo. <sup>40</sup> Los fariseos tenían sus propias quejas en contra de Pablo, pero no pudieron “hallar nada malo” en las palabras que dijo acerca de la resurrección ni aun en la posibilidad de que hubiese recibido un visión celestial. Al final del versículo 9 se halla la expresión “no resistamos a Dios”. Estas palabras no se hallan en los mejores manuscritos. Es probable, que tales palabras sean una reflexión de las palabras pronunciadas anteriormente por otro fariseo (5.39).

que lo devoren.<sup>41</sup>

Una vez más aquel augusto tribunal caía en la debacle (nótese 7.54–58). Nos parece ver a aquellos judíos de edad, en sus resplandecientes togas, gritándose los unos a los otros, mientras los oficiales romanos miraban asombrados. En el centro de la tormenta estaba Pablo. De un lado estaban los saduceos, asíéndolo, con el deseo de matarlo en sus ojos, y del otro, los fariseos, tratando de arrebatarlo de manos de aquéllos.

Por tercera vez, el oficial romano tuvo que intervenir para salvar la vida de Pablo. “Y habiendo gran disensión, el tribuno, [tenía] temor de que Pablo fuese despedazado por ellos” (23.10a). Rápidamente envió por refuerzos, y “mandó que bajasen soldados y le arrebatasen de en medio de ellos, y le llevasen a la fortaleza” (23.10b).

### UNA CONSOLACIÓN DIVINA (23.11)

Aquella noche, en su solitaria celda de prisión, Pablo estaba desanimado y desesperanzado. Tal parecía que su activo ministerio había llegado a su fin y que jamás llegaría a Roma. No obstante, no había sido desamparado. “Se le presentó el Señor y le dijo: ‘Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma’” (v. 11). Antes de estudiar este evento milagroso en detalle, echemos una breve mirada a un último ejemplo, del rechazo que sufrió Pablo en Jerusalén.

### UN COMLOT DETERMINADO (23.12–15)

Leemos en 23.12–15, lo siguiente:

Venido el día, algunos de los judíos tramaron un complot y se juramentaron bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo... los cuales fueron a los principales sacerdotes y a los ancianos y dijeron: Nosotros nos hemos juramentado bajo maldición, a no gustar nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo. Ahora pues, vosotros, con el concilio, requerid al tribuno que le traiga mañana ante vosotros... y nosotros estaremos listos para matarle antes que llegue.

El versículo 20 hace notar que los líderes del concilio estuvieron de acuerdo con este complot de muerte. Debemos estar de acuerdo con Warren Wiersbe, cuando dijo: “Jerusalén estaba, ciertamente, lejos de Dios cuando más de cuarenta hombres podían conspirar en el nombre de la religión para asesinar a un judío piadoso” y cuando

“¡hasta los principales sacerdotes y los ancianos eran parte del crimen!”<sup>42</sup> En todo el texto de los capítulos, del 21 al 23, existe un marcado contraste entre el tribuno romano, Claudio Lisias, quien trataba de descubrir la verdad, y los líderes religiosos judíos, quienes se revolvían dentro del engaño y la destrucción.

Posteriormente, veremos cómo Pablo escapó de la trampa de ellos, pero por el momento, permítasenos subrayar el hecho de que los líderes judíos, que estaban en Jerusalén, demostraron de una vez por todas, que sus corazones no podían ser tocados con el evangelio. No se juzgaron a sí mismos, dignos de la vida eterna (véase 13.46).

### CONCLUSIÓN

Jesús anticipó el rechazo final por parte de Jerusalén como también, las consecuencias finales. Como castigo por los pecados de los que estaban allí, Jerusalén sería destruida por los romanos (Lucas 21.20); Jerusalén dejaría de ser parte del plan eterno de Dios. Jesús le dijo a la mujer Samaritana lo siguiente: “la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre” (Juan 4.21). Hoy día, en lugar de estar mirando a la Jerusalén terrenal, nosotros venimos “al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial...” (Hebreos 12.22), en otras palabras, al trono de Dios, donde Jesús reina ahora sobre su reino.

Podemos extraer varias verdades de esta lección. Una de ellas es, que nuestros amigos premilenialistas están equivocados al enseñar, que Jerusalén aún tiene un lugar dentro de los planes cósmicos de Dios, y que un día será de nuevo el centro de la religión de Dios. No obstante, a un nivel más personal, se encuentra la verdad de que si persistimos en rechazar a Dios, éste nos rechazará a nosotros —y de una manera completa y final. Esto fue lo que el sabio dijo: “El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina” (Proverbios 29.1).<sup>43</sup> Cuando Dios le da a usted la oportunidad de oír y obedecer el evangelio, usted puede respetar tal oportunidad o rechazarla. El respetar los caminos de Dios trae la liberación y el deleite; el rechazarlos, resulta en peligro y en desastre. El continuar rechazando los caminos de Dios es burlarse de él y ¡Dios se rehúsa a ser burlado (Gálatas 6.7)! Le suplicamos que, si ha estado rechazando a Dios y el plan de él para su vida, ¡no lo haga más!



<sup>41</sup> Esta idea fue adaptada de material tomado de J.W. McGarvey, *New Commentary on Acts of Apostles*, vol. 2 (Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., n.d.), 226. <sup>42</sup> Wiersbe, 343. <sup>43</sup> Véase también Proverbios 6.12–15; Romanos 1.24, 26, 28; y Hebreos 6.6.